

La CNT y Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas

Si hubiera de elegir la mejor época de la CNT, e igualmente de Alianza, en cuanto a sus posibilidades de éxito en la resistencia al franquismo, yo diría que, sin duda, ha sido la que va de 1945 a 1947; es decir, el periodo en que la CNT publicaba cinco o seis periódicos y Alianza era el organismo aglutinante y director. Y no precisamente porque la CNT y Alianza crearan las condiciones propicias, que tanta esperanza dieron, sino que las condiciones y la apertura de posibilidades dieron fuerza a la CNT y crearon Alianza. De la misma forma que, en el exilio, esa misma apertura llevó a la creación del gobierno Giral.

Ese periodo, ya muy lejano, no ha sido estudiado, ni historiado. En este trabajo, cuyo espacio me limita ambas cosas, intentaré dar un resumen de la época en que, por haber participado, conozco mejor.

En marzo de 1944¹, siendo secretario del Comité regional galaico, asistí a un Pleno nacional de regionales de la CNT, celebrado en Madrid. Por entonces era secretario del Comité nacional Manuel Amil. En esta reunión se discutió la formación de un organismo aglutinante de la resistencia y Amil dio cuenta de las primeras gestiones exploratorias iniciadas con socialistas y republicanos. Meses más tarde, en noviembre, Luque, de la CNT, redactaba la carta constitucional y Alianza quedaba constituida, recayendo la secretaría en la CNT y la presidencia en los republicanos.

Después de un periodo de organización, sobre todo en las provincias, se presentó el problema de los comunistas y de « Unión Nacional », organismo formado por el Partido Comunista y algunos líderes de otros partidos. Como los supuestos partidos allí representados formaban parte de Alianza, con la sola excepción del Partido Comunista, se acordó que éste pidiera el ingreso, mediante la disolución de « Unión Nacional ». Lo que hicieron en diciembre de 1945.

Los partidos catalanes, vascos y gallegos, de carácter regional, fueron invitados pero nunca

participaron ni tampoco rehusaron la invitación.

En octubre de 1945 se formó el gobierno Giral y Alianza le ofreció su apoyo y mandó un programa de acción por medio de Leiva, designado en Madrid por la CNT, para una cartera en aquel gobierno.

En noviembre de 1945 los monárquicos (Herrera [hermano del cardenal], Oriol y los generales Kindelán y de Borbón) pidieron una entrevista con la CNT, a través de la embajada inglesa, para iniciar conversaciones tendentes a conseguir un acuerdo de acción contra el régimen.

La primera impresión que esto causó fue de repulsión, ya que todos habían luchado al lado de Franco; sin embargo no se rechazó tal ofrecimiento sino que, fieles a nuestros acuerdos con Alianza, contestamos que se dirigirán a este organismo, al cual nos debíamos.

Como ninguno de nosotros estaba autorizado a sostener conversaciones con tales personajes, y, mucho menos, a suscribir ningún pacto, fuimos, cada miembro del Comité nacional, a nuestras respectivas regiones a consultarles sobre tal eventualidad.

De vuelta los delegados, y cotejados los resultados de la consulta, constatamos que, casi unánimemente, la decisión era favorable a una *entente*; pero de bloque a bloque (monárquicos-Alianza) y, una vez derribado el régimen, un gobierno de concentración nacional consultaría al país sobre el régimen que habría de darse.

Si, entretanto, se producía un golpe monárquico, negar toda colaboración y aprestarse a organizar una resistencia constructiva.

En unas semanas, los acontecimientos se precipitaron: El Partido Comunista, que había disuelto « Unión Nacional », pidió ingreso en Alianza, en diciembre, y se le concedió.

Orche, delegado socialista en Alianza, fue llamado a la embajada inglesa, donde le mani-

1. Las fechas que doy son aproximadas, por falta de una cronología adecuada.

festaron cierto desagrado por haber admitido al Partido Comunista en este organismo y, sin embargo, ir relegando el tratar con los monárquicos.

Dos semanas más tarde vuelven a llamar a Orche a la misma embajada, y le plantean las siguientes preguntas: ¿Estaría Alianza dispuesta a aceptar la monarquía o un golpe militar? Como contestara que, aun no estando autorizado para ello, le parecía que no, le preguntaron si lo que quería Alianza era un gobierno de concentración nacional con el mandato de consultar al país sobre el régimen a darse. A esto respondió que sólo Alianza podría contestar y que, si esas posibilidades existían, podría estudiarse el caso. Finalmente le dijeron: «Si Alianza no pacta con los monárquicos, tendrán ustedes Franco para rato.»

Al mismo tiempo o, para ser más exacto, dos meses antes, Grau San Martín, presidente de Cuba, y con la aquiescencia de Washington, iniciaba gestiones con el gobierno Giral, que acababa de constituirse, para hallar la fórmula bajo la cual se fuera a un plebiscito para decidir el régimen. Este gobierno rechazó tal intento (con la excepción de Fernando de los Ríos) al mismo tiempo que, en Washington, el embajador de Franco, Cárdenas, pedía al embajador cubano que desistiera de tal propósito.

Los monárquicos, por diferentes conductos, presionaban para conseguir un acuerdo con Alianza y, donde estas presiones encontraron más eco fue en el delegado republicano, Teófilo Sevilla, y en el de la CNT, Luque.

Para juzgar de la seriedad y potencial de aquella coyuntura tenemos que ajustar nuestro análisis mental al cuadro que presentaba diciembre de 1945, con un reciente triunfo de las democracias y la eliminación del fascismo en Europa. Con Attlee, gran amigo de la República, como premier inglés. Con una Francia liberada y con una opinión internacional que sufrió la dominación fascista, contra la cual iniciamos nosotros la lucha. Naturalmente, había que pensar en la posibilidad de una estratagema monárquico-franquista para restar el apoyo que Alianza pudiera prestar al gobierno Giral, constituido en octubre. Sin embargo, el hecho de que los

ingleses (con un gobierno socialista) fueran mediadores, hacía pensar que no se trataba de una maniobra tendente a preservar el franquismo, sino la eliminación de éste, aunque con miras, quizá, a una restauración monárquica.

La verdad histórica del momento era que ni Franco, ni los monárquicos, ni tampoco nosotros, sabíamos hasta donde los aliados —incluyendo Rusia— estarían dispuestos a ir para incluir a España en la reinstauración de la democracia en toda Europa. De donde puede deducirse que los monárquicos se preparaban a adelantarse a los hechos, para mejor dominarlos; de ahí su interés en pactar con Alianza, que quizá estimaban (y yo creo que con razón) más dispuesta a la reconciliación nacional que los exilados y el gobierno Giral. Y, por esta mismísima razón, los aliados también se hubieran inclinado en esta dirección. La participación inglesa abona esta hipótesis.

Bajo esta perspectiva, y a 27 años vista, creo que si alguna posibilidad hubo de forzar la caída del franquismo, ésta fue la mayor.

Es evidente que la muy acertada actitud de Franco lo impidió, con la ayuda de nuestros desaciertos basados, principalmente, en la legitimidad republicana (justificada, pero inoperativa) y un desorbitado optimismo posibilista, producto casi exclusivo del exilio.

Veamos como la CNT veía la coyuntura: Siguiendo esta presión monárquica y diplomática, Luque, sin consultar con el Comité nacional, ni siquiera con el secretario político, que era yo, propuso el rompimiento, en Alianza, con el gobierno Giral. Y, aquella misma noche, la BBC de Londres dio cuenta de un acuerdo con los monárquicos, que nunca existió.

En la reunión del Comité nacional de la CNT, a los dos días, ya calificó el hecho de irresponsable, no sólo por no habérsenos consultado antes de tomar tal decisión, sino por el alcance y repercusiones que tendría, por no consultar antes al gobierno Giral. Mis razones eran las siguientes: Si, como todo parecía indicar, se iba a la eliminación del régimen, en este proceso tendrían que entrar todas las fuerzas conjugadas, dentro de un contexto de cooperación y presión nacional-internacional, ya que otra guerra civil, como

alternativa, parecía imposible. Luego, y esto fue lo que propuse y se aceptó, deberíamos cubrir ciertas etapas antes de romper con Giral y firmar un pacto con los monárquicos : 1.º Desechar la propuesta de rompimiento con Giral. 2.º Posponer la firma del pacto, hasta tanto no conociéramos las posibilidades con que pudiera contar Giral, así como la política a seguir, de cara a la solución española, por las democracias, quienes evidentemente tenían que definirse. 3.º Una delegación debería ir a París, para entrevistarse con Giral, conocer sus posibilidades a la vez que presentar las muestras de pacto con los monárquicos, y, a la vista de los resultados, darle, si preciso fuera, un plazo que nosotros aprovecharíamos, para pulsar la fuerza con que los generales conspiradores pudieran contar en el ejército. Porque si no tenían tal fuerza, el pacto desembarcaría en el fracaso, a menos que la presión extranjera fuera muy fuerte.

Lorenzo Iñigo, representante especial de la regional Centro y unos días más tarde secretario del Comité nacional, abundó en similares consideraciones y dijo que Luque no podía seguir representándonos en Alianza. Por unanimidad se rechazó su gestión y se le relevó de su representación en Alianza. El secretario general presentó la dimisión, porque dijo que Luque le consultó antes de presentar la propuesta. Se aceptó.

Yo soy nombrado para reemplazar a Luque y para ir a entrevistarme con Giral. Se me pide que proponga nuestro plan en Alianza y que, si es aceptado, que cada partido mande un delegado conmigo. Expuesto esto, socialistas y republicanos me ruegan los represente. La delegación comunista dice que si voy a romper con el gobierno Giral, que me dan su representación, pero no en caso contrario. Ante esta actitud, el Comité nacional me autoriza a tener una entrevista con la Pasionaria, para conocer con exactitud la postura de su partido.

Llegado a París, Giral, en vez de recibirme solo, me dijo que convocaría un consejo de ministros, ante el cual hablaría y se discutiría la situación.

El gobierno estaba instalado en la Ciudad Universitaria (concesión hecha por el gobierno francés) y los ministros asistentes fueron:

Giral, Fernando de los Ríos, general Sarabia, Manuel Irujo, Torres Campañá, Trifón Gómez, Nicoláu d'Olwer, Horacio Prieto y José Leiva. Los dos últimos de la CNT.

Giral: «—Las últimas noticias llegadas de España, y sobre todo las que la BBC ha dado sobre las conversaciones con los monárquicos, han venido, sin duda, a debilitar la posición del gobierno. Afortunadamente la llegada de una delegación directa nos aclarara cuanto haya de verdad. Sobre todo, si Luque propuso la ruptura con nuestro gobierno.»

«—Sí, esto es verdad; pero también es cierto que la CNT lo desautorizó. Alianza, aunque con el voto en contra del Partido Comunista, sigue apoyando al gobierno. Pero éste, alarmado por esas conversaciones, no pensó en enviar una delegación a España; fue allí donde se tomó la iniciativa, a pesar de poseer muchísimos menos recursos. Es más, en octubre se formó el gobierno, al que Alianza dio su adhesión y envió un proyecto de actuación. Desde entonces, ni Alianza, ni nadie recibió un comunicado, una carta a algo que mostrara que tienen en cuenta a España. Sin embargo, los acontecimientos de las últimas semanas muestran que allí es donde ha de jugarse la última carta. Lo menos que puede decirse es que ustedes han subestimado esto. Si se quiere hacer algo eficaz, hay que plantear la lucha dentro y fuera de España, no solamente en las cancillerías. Como ésta es la postura de Alianza, queremos saber cuáles son sus posibilidades para decidir nuestra política futura. Asimismo, cuál es su posición con respecto al plebiscito propuesto por los monárquicos.»

«A propuesta de la CNT, Alianza quiere organizar una huelga general el Primero de Mayo, que nos sirva como operación de tanteo. Para esto necesitamos un millón de pesetas. Nuestra situación es tan precaria que, para venir aquí, el hermano del señor Irujo tuvo que prestarme el dinero y facilitarme sus medios para pasar la frontera.»

Giral: «—Aunque no lo parezca, una de nuestras preocupaciones ha sido el interior. Si no hemos podido entrar en contacto, fue por la distancia que, desde México, nos separaba de España. [Todos los partidos recibían dinero y documentación de México.] Al llegar

a Francia tuvimos que organizarlo todo, y algunos ministros aun no están aquí.» «En cuanto a la ayuda económica, acabamos de enviarles 75 000 pesetas. (Un ministro ganaba, por mes, 60 000 francos.) Nuestra situación no nos permite más. Algunas cosas se van vendiendo y, con otras ayudas, mantenemos un rango indispensable. Si Prieto hubiera hecho entrega de lo que pertenece a la República, entonces podríamos desenvolvemos más holgadamente.»

(Me parece pertinente añadir que tomo esto de mi libro *Por la Libertad*, publicado en 1956. A principios de 1959 tuve una pequeña controversia con Prieto (yo desde CNT y él desde la revista *Siempre*, ambos de México). En julio del mismo año, me entrevisté con él, en su casa; pero ni en público, ni en privado desmintió tal aserto. Ni tampoco lo hicieron Trifón Gómez, ni Fernando de los Ríos, presentes en aquella oportunidad.)

«En lo que respecta a las posibilidades de restauración de la República —continuó— hemos hecho unas gestiones cerca de todas las cancillerías, de cuyo resultado nos informará don Fernando ya que aún no lo hizo, y éste es el momento más oportuno.»

Don Fernando: «—Cuando se constituyó el gobierno, dirigimos un memorándum a todas las cancillerías, en que se hacía historia de la guerra civil; de la participación de Italia y Alemania dando el triunfo a Franco; de las características del régimen, netamente fascista; de nuestra legalidad constitucional y, por todo ello, de la necesidad de que nuestro gobierno fuera reconocido por ser el único democrático y jurídicamente legal.»

«Nos han reconocido catorce países, como ustedes saben; pero Estados Unidos, Inglaterra y Rusia, ni siquiera han acusado recibo. Francia ha contestado haciendo resaltar que, por haber salido muy debilitada de la guerra, se debía a la política angloamericana y seguirá, en nuestro caso, las mismas directivas. Sin embargo podíamos contar con todo el apoyo posible que, de manera unilateral, no rozara la complejidad internacional. Prueba de esto es que estamos instalados en la Ciudad Universitaria.»

«Para romper el silencio que las tres grandes potencias observaban, acordamos que yo me

desplazara a Estados Unidos e Inglaterra. En Washington me recibió el subsecretario de Estado, Acheson. Me dijo que no podían reconocernos porque esto significaría reconocer a una de las partes que hicieron la guerra civil y ello implicaba fomentarla de nuevo. El problema de España había que solucionarlo buscando el armonía del país y no condenando a unos y dando la razón y el apoyo a otros. Los intereses de los Estados Unidos, tanto políticos como económicos, exigían una situación estable, que sólo podría obtenerse sobre la base de la unidad nacional. En este sentido, apoyarían cualquier iniciativa, pero nunca lo que tuviera carácter de parcialidad.»

«Llegado que hube a Londres, solicité, e hice todo lo posible por conseguirlo, tener una entrevista con Bevin; pero a pesar de que nos conocíamos personalmente por haber coincidido en varios congresos socialistas, se negó a recibirme. (En este momento sus ojos parecían empañados por lagrimas contenidas.) Luego, mediante la preciosa ayuda del señor Irujo, pude entrevistarme con dos altos funcionarios del Foreign Office. El argumento que emplearon para no reconocernos fue el mismo de Acheson y casi con las mismas palabras, lo que me hizo suponer que de antemano se habían trazado una política común al respecto.»

«De vuelta a Nueva York y en un mitin pro España republicana, el primer secretario de la embajada rusa, hablando en nombre del embajador dijo, entre otras cosas, que España tenía ya un gobierno legal y que había llegado el momento de que se le reconociera. Añadiendo que no sólo era un deber, sino la reparación de una injusticia.»

«A mi llegada a México —añadió— y con la reseña que la prensa publicaba, fui a ver al embajador ruso y le pregunté si tenía instrucciones para reconocernos. Cual no sería mi sorpresa —dijo— cuando me contestó que ni tenía instrucciones, ni sabía una palabra de tal mitin.»

Don Fernando insistió: «—Pero usted sabe que ningún embajador puede decir una cosa de esta trascendencia si no está autorizado para ello. Y si estaba, usted debiera saberlo por ser una posición a seguir con respecto a un gobierno que reside en México.» «—Sí,

todo lo que usted quiera —contestó— pero debo repetirle que no sé ni una palabra.» Y así terminó la entrevista.

Don Fernando siguió informando sobre otros países, para terminar diciendo: «Si ninguna de las grandes potencias nos ha reconocido, esto no quiere decir que nuestras posibilidades hayan desaparecido. La situación de Franco es cada día peor..., etc.»

Siguió el señor Irujo: «—Se habla de posibilidades. De un lado están todas las fuerzas republicanas, socialistas, obreristas, intelectuales, estudiantiles y muchos, pero muchos, que amigos de Franco ayer, son enemigos de él hoy. Del otro lado, los militares que, unidos por el miedo y el estraperlo, siguen en torno a Franco; la policía y los camisas nuevas. Su perspectiva es cada día más negra y el caos económico los enterrará pronto a todos. Son ellos los que tienen que calcular sus posibilidades de subsistir. Las nuestras son cada día mayores, aunque el avance sea lento. Pero, aunque Franco fuera fuerte, terminará por ahogarse en un mundo democrático [...] Por eso digo que la solución está en resistir con un sólo fin: República, República y República.»

En general ésta fue la posición de cuantos se manifestaron, aunque Trifón Gómez fue más pesimista y reservado.

Aquellos discursos de fe republicana no acababan de convencerme, porque en mi ánimo pesaba la realidad del interior que, como bien han demostrado los regímenes fascistas, carecía de lógica política. Al juzgar, cometían la equivocación, y así lo dije (véase mi libro, antes mencionado, p. 123-140), de emplear su lógica democrática. Olvidaban, o querían olvidar, que Franco no había reparado, ni repararía jamás, en cometer cuantos crímenes fueran precisos para sostenerse en el poder, como Hitler y Mussolini hicieron. Por tanto, antes de pensar en la infalibilidad de los síntomas, había que pensar en los límites a emplear por Franco. Al revés de lo que se creía, Franco no caería, sino que había que echarlo. Y aun en el supuesto de que la táctica de resistir llevara a la caída del régimen, en ese momento no daría paso a un gobierno republicano, sino a uno más afín; es decir, a los monárquicos. De igual forma que, en simi-

lares circunstancias, los republicanos darían paso a los socialistas, antes que a los fascistas. Si esto ha de producirse, ¿no sería indicado pactar con los monárquicos con el compromiso del plebiscito? Porque si tomaran el poder solos, sería muy difícil que lo compartieran con nosotros.

Al día siguiente siguió discutiéndose el problema y, como si hubieran esperado el momento, a las diez de la mañana entra Antonio, el hijo de Giral, con la nota tripartita firmada por los Estados Unidos, Inglaterra y Francia.

Leída la nota, se entabló una discusión sobre su alcance, ya que decía que: «Estarían dispuestos a apoyar toda solución del «problema español» en la cual estuvieran representadas todas las fuerzas, incluso los ministros en ejercicio.» La mayoría se inclinaba a creer que se referían a ellos; pero don Fernando lo puso en duda y Trifón Gómez dijo que posiblemente se trataba de los ministros franquistas. Ante la duda, se designó a don Fernando para que fuera a pedirle una aclaración a Bidault, que era uno de los firmantes. Cuando volvió dijo que se referían a los franquistas. Aunque la nota en sí ya había causado bastante desilusión, esto vino a acrecentarla.

El primero en reaccionar fue Giral: «—Si bien es verdad que esta nota nos desconoce, viene sin embargo a desautorizar de manera categórica al régimen. Por tanto su situación es grave y puede tener inmediatas repercusiones. Así pues, ahora tenemos mucha más razón para esperar, ya que los hechos van a precipitarse. A pesar de la solución que apuntan, creo que nuestra posición sigue siendo República y República.»

«El 25 de mayo se reunirá la ONU y tratará nuestro problema. Hasta entonces, por lo menos, es preciso que sigan apoyándonos las fuerzas que siempre lo han hecho. Para ello estimo que debemos dirigirnos a Alianza pidiendo que nos concedan su apoyo hasta esta fecha; a partir de la cual, ellos, nosotros y todos, sabremos a qué atenernos.»

Lo que siguió, así como lo que queda dicho, es historia, y no de la mejor.

Decir, a modo de descargo, que las democracias nos han traicionado, quizá es verdad; pero sabido es que los Estados no traicionan;

simplemente sirven su interés nacional, y, en este aspecto, no se equivocaron. Franco los ha servido y les sirve mejor que un gobierno democrático hubiera hecho. Esta simple razón demuestra cuán ingenuos han sido nuestros líderes del exilio al haberse limitado a dejar en manos de las democracias la eliminación del franquismo. Parece increíble que, en una Europa en guerra, 400 000 hombres con entre-

namiento militar y sólidas convicciones ideológicas no hayan sido mejor aprovechados. Concluir, sin embargo, que la CNT y Alianza tuvieron más visión, y que el fracaso no les alcanza, me parece fuera de lugar. Esperemos que las generaciones venideras tengan mayor penetración histórica y saber político.

10-9-1973

